

IN MEMORIAM

**RECORDANDO A RAPHAËL BOULAY (1973-2018):
UN MIRMECÓLOGO FRANCÉS Y ANDALUZ ENAMORADO
DE DOÑANA Y SIERRA NEVADA**

Xim Cerdá¹

Hoy, si lo escribo, es porque lo recuerdo. El otoño que tengo es el que he perdido.

FERNANDO PESSOA, *Libro del desasosiego*

Porque mientras los nombremos y contemos sus historias, nuestros muertos nunca mueren.

LUIS SEPÚLVEDA, *Cena con poetas muertos*,
en «La Lámpara de Aladino»

Es muy difícil escribir sobre un amigo que ya no está y que se nos ha ido antes de tiempo, pero quiero recordarle para que lo recordemos. Lo primero es decir que fue un gran científico, apasionado por las hormigas; lo segundo, es que fue una persona que se hacía querer. Esto último, a pesar de mantener, en ocasiones, un cierto distanciamiento brechtiano y una sutil ironía. Nunca sabremos si es que sólo trabajaba con sus amigos (y trabajó con mucha gente diferente), o si lo que sucedía es que todos aquellos con quienes trabajaba acababan siendo sus amigos. Pero todos los que trabajamos con él coincidimos en que era un placer tenerlo con nosotros. Con su buen humor y sus contagiosas ganas de trabajar, acababa convirtiendo las duras jornadas de campo y los largos viajes en todo-terreno, en algo agradable y divertido.

No voy a hablar aquí en detalle ni de su biografía ni de sus contribuciones científicas. En la Tabla 1 he puesto algunas fechas destacadas de su vida, y para los que estén interesados en su extensa lista de publicaciones, les aconsejo verla en *Myrmecological News*. Aquí lo que pretendo es recordar esa cara a menudo oculta de la investigación, el lado humano, algunas historias vividas, que quizá sirvan de ejemplo para las actuales y futuras generaciones de mirmecólogos. Como escuché a François Jacob, Premio Nobel de Medicina, en una conferencia que dio en Barcelona hace ya más de 30 años: hay ciencia de noche y ciencia de día. A la luz del día medimos y discutimos, hacemos números, verificamos y repetimos pruebas; y por la noche —decía el profesor Jacob— es cuando el pensamiento camina a través de vías sinuosas, cuando la imaginación se despierta y cuando no se teme a lo absurdo. Con Raphaël, por la noche nos sentábamos y hacíamos el balance del día, charlando con una cerveza en la mano, a la vez que ya preparábamos el trabajo del día siguiente o discutíamos sobre posibles proyectos. Aunque yo creo que para él, la ciencia no tenía día y noche, porque en todo momento él se aplicaba con su imaginación y sin ningún temor al absurdo.

1. Estación Biológica de Doñana, CSIC Av. Américo Vespucio 26, 41092 Sevilla
e-mail: xim@ebd.csic.es

Algunas fechas	
1973 16 noviembre	Nace en Nogent-le-Routrou (región Centro, Francia)
1995 – 1996	Máster en Biología del Comportamiento en el LEEC (Université Paris Nord, Villetaneuse, Francia)
1996 – 1999	Tesis doctoral en el IRBI (Université F. Rabelais de Tours, Francia)
2000	Postdoctoral en Baton Rouge (Louisiana State University, Dept. Entomology) con Linda M. Hooper-Bùi.
2001	Postdoctoral en Tel-Aviv University (Dept. Zoology) con Abraham Hefetz.
Nov 2001 – feb 2002	Breve postdoctoral (4 meses) en Università degli Studi di Firenze (Italia) con Stefano Turillazzi.
Marzo 2002 – abril 2009	Diferentes contratos postdoctorales en la Estación Biológica de Doñana (CSIC, Sevilla) con Xim Cerdá.
2009 – 2012	Contrato del programa Ramón y Cajal en la Universidad de Granada (España).
Oct 2012	Catedrático en la Université François Rabelais de Tours (Francia)
21 dic 2012	Nace su hija Anaïs
2018 27 junio	Muere en París.



Llegó a Sevilla en 2002 a trabajar en mi grupo (por entonces aún inexistente: al principio estábamos él y yo), y en 2008 tuvo que elegir entre su futuro en la Estación Biológica de Doñana o en la universidad de Granada. Con muy buen criterio, apostó por Granada, y se fue con un contrato del programa Ramón y Cajal de cinco años. No lo terminó porque antes sacó la plaza de catedrático en la universidad de Tours (Francia). Hizo bien en irse a Granada, porque realmente disfrutaba dando clases y prácticas, aunque a veces se nos quejaba de lo torpes que llegaban a ser los alumnos, que ¡ni siquiera sabían montarse la tienda de campaña! Cuando Fernando Amor y yo le preguntábamos si él no les ayudaba, nos decía que ni hablar, que él los llevaba a la montaña a enseñarles Zoología, pero que eso no eran prácticas de supervivencia, que tenían que venir enseñados desde casa. A nosotros nos hacía mucha gracia, y nos imaginábamos a los pobres alumnos luchando con vientos y piquetas, enredados, intentando plantar su tienda, bajo la mirada indiferente —si no irónica— de su profesor.

Desde su primer día, Raphaël se enamoró de Sierra Nevada. Me acuerdo muy bien de que volvió a Sevilla entusiasmado y me dijo que teníamos que hacer algo allí, que era magnífico tener esa sierra tan cerca y con unas condiciones ambientales tan diferentes en tan poca distancia (desde el mar hasta los 2.000 m de altitud, en apenas 50 kms). Aunque a él no le gustaba demasiado la playa, por su hija Anaïs, se acabó acostumbrando a la de Salobreña, a donde íbamos con nuestras respectivas familias después de haber pasado la mañana contando hormigas en los cebos en cualquiera de nuestras zonas de estudio, entre Motril y Lanjarón, o aún más arriba. La verdad es que nuestros hijos tenían mucha paciencia, porque nos pasábamos los días contando hormigas en el campo: les poníamos cebos con agua azucarada, con atún, o con semillas y nos pasábamos unas cuantas horas mirando qué hormigas venían y qué pasaba entre ellas. A veces nos teníamos que pegar un tremendo madrugón porque teníamos que estar en la zona de los 2.000 m (mucho más arriba de Lanjarón) a las 8 de la mañana, esas veces solíamos ir Raphaël, mi hijo Joanet (a quien nunca le ha importado tener que madrugar), Fernando Amor y yo. Intentábamos repartir el trabajo para que nadie se cansara demasiado. Los niños nos ayudaban y hasta se divertían: cuando desenterrábamos los hormigueros les gustaba ayudar con los chupópteros (perdón, aspiradores entomológicos de boca), y una vez de vuelta a la casa, había que contar las obreras de cada nido (un hormiguero de *Aphaenogaster iberica* tenía entre 500 y 1.200 hormigas y en un día podíamos desenterrar más de diez), y en eso poníamos a los niños, a quienes recompensábamos por hacerlo (por favor, que nadie nos acuse de explotación infantil: era un juego para ver quién tenía el hormiguero más poblado). Eran unas vacaciones trabajando. Raphaël era quien nos organizaba el trabajo pero no era nada impositivo, sabía tenernos a todos contentos. Raphaël tenía un don y era el de conseguir sacar lo mejor de cada uno, a nivel humano y también a nivel de trabajo. Por ejemplo, había veces que yo pensaba que ya no podía con mi alma (ya tengo una edad, y lo de darle al pico y la pala cada vez me cansaba más), pero él me demostraba que sí, insistía en que siguiéramos, y yo aún conseguía desenterrar otro hormiguero... eso sí, en el mismo tiempo que él desenterraba otros dos o tres más.

A veces organizábamos alguna cena a la que venían también nuestros becarios (repartidos también por la sierra haciendo sus respectivas tesis) y la gente con la que colaborábamos de la universidad de Granada. Era agradable estar rodeado de montañas y amigos en la fresca noche granadina, con un buen jamón (yo solía llevar una paleta para ir dando cuenta de ella durante esas semanas) y cerveza bien fría. Nos reíamos mucho. También hablábamos de ciencia. Así fueron nuestros veranos de 2015 y 2016, con niños asilvestrados, amigos y ciencia hecha con alegría.

Raphaël podía parecer que iba por la vida con cara seria, pero no lo era, siempre se le escapaba sin querer su medio sonrisa irónica. Es algo curioso, porque —a pesar de su aparente

seriedad y de no ser nada dicharachero (hablaba lo justo, y sino que se lo pregunten a nuestros «becarios» Angel Barroso y Fernando Amor)— nunca era antipático. Es cierto que a veces era un poco borde, pero solo con los íntimos, y siempre medio en broma. Aún me acuerdo de la cara de Fernando cuando un día llegó a nuestro despacho (ya era nuestro despacho, de Fernando y mío, porque Raphaël llevaba casi un año en Francia y Fernando había pasado a ocupar la mesa que había sido de Raphaël), y se encontró a Raphaël sentado en «su» mesa («su» ¿de quién? ¿de Raphaël o de Fernando?). Fernando se alegró mucho, porque había sido una visita sorpresa e inesperada y hacía tiempo que no lo veía. Y le dijo: «¡Hombre, Rafa, tú por aquí! ¡Qué bien!» Raphaël le dijo: «tú siéntate ahí —señalándole una silla vacía al otro lado de la mesa— que éste es mi sitio y tengo trabajo». Así que le dimos la vuelta al ordenador de Fernando para que, por lo menos, pudiera estar de cara a su ordenador, y se sentó en aquella silla. La cara de Fernando era todo un poema, yo me eché a reír y le dije: «aunque ahora viva en Francia, sigue siendo el mismo, ¿no?». Para rematarlo, Raphaël le dijo: «ahora tengo que acabar unas cosas, luego, cuando tenga tiempo, ya hablaremos de lo tuyo —refiriéndose a la investigación de Fernando—». Pero la cosa es que luego, cuando hablaba de lo suyo, de lo de Fernando, se hacía perdonar todas sus desconsideraciones anteriores.

También nos recorrimos juntos, con nuestras ayudantes de campo Ana Carvajal e Isabel Luque, toda Andalucía en un proyecto para estudiar la presencia de la hormiga argentina en los espacios protegidos andaluces, proyecto que se acabó convirtiendo en un estudio de las comunidades de hormigas en los espacios protegidos andaluces, porque solo en dos de ellos encontramos la hormiga argentina. A Raphaël, Isa y Ana les quedó pendiente publicar una guía turística diciendo dónde comer, dónde dormir y dónde admirar el paisaje en esos espacios protegidos. Fueron casi dos años en la carretera, muchos kilómetros, pero al final sólo se publicó la parte de las hormigas. A Raphaël le gustaba mucho conducir, así que solía conducir, pero él decía que si él no podía dormir, no dormía nadie, con lo cual, cuando en alguna ocasión —mayormente después de comer tras una mañana de intenso trabajo de campo— los pasajeros empezábamos a dormitar, él pegaba un frenazo tremendo a la vez que un pitazo, de forma que todos nos despertábamos asustados. Y entonces él —con su media sonrisa— nos decía: «Os recuerdo, por si se os había olvidado, que si yo no duermo, aquí nadie duerme».

Cuando Raphaël consiguió la plaza de catedrático en la universidad de Tours, aunque se fue, nunca se fue del todo, porque en primavera y verano siempre volvía para perseguir hormigas en Doñana, en Sierra Nevada, en Marruecos e incluso en un islote del mar Báltico, en Jöskar. Raphaël está en muchos sitios, en Doñana desde luego, pero también en Sierra Nevada o en Marruecos. No quiero recordarlo con tristeza, porque a él no le gustaría en absoluto, y estoy completamente seguro que prefiere que lo recordemos con la cerveza, con la risa, con el cansancio del trabajo acabado, con los paisajes preciosos. Me acuerdo cuando Ana e Isa, nuestras ayudantes de campo, le decían: «Rafa, hay que ver a qué sitios tan bonitos que nos traes». Eso a veces era en broma, claro, sobre todo cuando estábamos desenterrando un hormiguero junto a un montón de basura o en una parcela sin construir de un polígono industrial abandonado. Pero había veces que la belleza del paisaje nos dejaba callados a todos, casi aturridos, nos pasó unas cuantas veces en Marruecos, pero también algún atardecer en la sierra de Cazorla o en Doñana, y alguna mañana subiendo por Sierra Nevada. Han sido muchos años con él, muchos paisajes. Todo su grupo de investigación (ese *Ant-Ecology group* franco-español que él creó y del que también forma parte su mujer, Irene Villalta) y otros cuantos colaboradores internacionales Claudie, Cléo, Kari, Riitta, Juan Antonio, Abdallah, Nate), seguiremos trabajando y honrando su memoria intentando publicar todos los manuscritos que dejó inacabados.



E – Ant-Ecology Team en la Estación Biológica de Doñana (Sevilla) en 2015. De izquierda a derecha: Paloma Álvarez, Alex Bertó, Oscar G. Jarri, Elena Angulo, Fernando Amor, Sara Castro, Xim Cerdá, Raphaël Boulay, “Jota” José Manuel Vidal, Ana Carvajal, Cristela Sánchez Oms e Irene Villalta (© foto de Jota)

A – Raphaël reflexionando durante un contratiempo en Doñana en 2007, con Fernando Amor al volante y Ana Carvajal dando instrucciones desde la puerta izquierda (© foto de Thibaud Monnin).

B – Raphaël mapeando hormigueros en una zona quemada de Saló (Barcelona) en 2010.

C – Raphaël en el verano de 2015 remando en el mar Báltico hacia la isla de Jöska (Tvärminne, Finlandia) con Xim Cerdá de pasajero (foto de Kari Vepsäläinen).

D – Raphaël trabajando en Sierra Nevada con Cristela Sánchez Oms y las *Aphaenogaster iberica*.